

# Posmodernidad, democracia y comunicación

Ramón Ramón Ibarra

## Introducción

Si bien el binomio democracia y comunicación es un tema por demás visto y tratado en múltiples referencias desde la sociología hasta la filosofía política, también resulta notoria la ausencia de una perspectiva analítica que tome en cuenta un eje paradigmático en los estudios sociales, sin el cual el marco de referencia para una observación sistemática, permanecería descontextuada: hablo a cuentas claras, de la posmodernidad. A pesar de la seriedad de muchos investigadores por designar con este concepto un nuevo estado de la cultura tras la eclosión de las perspectivas fundamentales encarnadas como valores por el proyecto moderno, en nuestro país permanece sin un desarrollo crítico la especificidad del concepto, contentándose nuestros investigadores de las instituciones educativas oficiales con ofrecer conclusiones afiliadas y extraídas de Jürgen Habermas (*la modernidad como proyecto inacabado*) y Gilles Lipovetsky (*la posmodernidad como época de vacío y angustia*) o bien como una mera interpretación del malestar de la cultura (crítica cultural neoconservadora) en virtud de la pérdida de la centralidad religiosa católica–cristiana, dentro del proceso de mundialización capitalista. (Villarreal Ríos)

Por ello, no se encuentra fuera de lugar la petición de reflexionar acerca de las crisis de representación encarnadas en

la asociación democracia–comunicación, la reorganización social y el papel de la mediación política, dentro del horizonte cultural que indica un rebasamiento de las tradicionales políticas de la comunicación centradas en los medios. Esta óptica requiere otorgar un papel cada vez más importante a la constitución de los lenguajes dentro de la estructura social. Como señala Jean François Lyotard:

En una sociedad donde el componente comunicacional se hace cada día más evidente a la vez como realidad y como problema, es seguro que el aspecto lingüístico adquiere una nueva importancia, y sería superficial reducirlo a la alternativa tradicional de la palabra manipuladora o de la transmisión unilateral de mensajes por un lado, o bien de la libre expresión o del diálogo por el otro. (38)

Como Lyotard nos plantea, con la irrupción de una creciente red de informática vinculada al cambio social y tecnológico, frente a una crisis económica surgida de la formación de bloques económicos que radicalizan las diferencias, mientras se ha desestructurado la política del socialismo, y la identidad ética e ideológica de las democracias occidentales se convierte en un espejismo emancipatorio, tenemos alternativas para reflexionar sobre la naturaleza del lazo social: una moderna integrada por una solución dualista cuyo principal objetivo es la homologación al sistema a partir de una explicación basada en técnicas y materiales (positivismo) y otra, denominada crítica o hermenéutica cuya principal razón consiste en obstaculizar valores y objetivos sin un programa de fondo más que la mera utopía o esperanza en una filosofía del sujeto que lleve al consenso paradisiaco.

De la situación paradójica de ambas soluciones destaca otra alternativa, la cual propone que dado el cambio social orientado a la reforma de la clase política tradicional y el panorama de regulación efectuado por la información, la alternativa se encuentra en una ecología, entendida como “discurso de aquello que se ha retraído, de aquello que no se ha vuelto público, que no ha entrado en la esfera de lo comunicable, que no se ha vuelto sistémico y nunca podrá volverse así”. (Lyotard 281)

Al presentar como síntesis reflexiva un punto de vista ecológico, se toma la adopción de una estrategia de desarrollo sostenible, proponiendo una perspectiva de la política orientada

como un programa de vida, debido a que resalta la importancia de situarse en escenarios antes del surgimiento de la comunicación como esfera de lo comunicable públicamente, es decir, pasamos de un programa externo de desarrollo regido por una centralidad de lo racional, al desarrollo del individuo en un panorama alternativo a la discusión dictadura – democracia, para surgir un sistema sintético preparado para lidiar con los nuevos valores surgidos de las relaciones con la racionalidad instrumental. Tan importante es la racionalidad de los fines como la de los medios. Estos nuevos valores se enfatizan en el cambio y la movilidad, debido a que contemplan la posibilidad de múltiples acoplamientos estructurales sin tener que depender de una acción direccional rígida, como señala William I. Thompson:

Un mundo no se debe considerar, por lo tanto, como una organización estructurada por medio de la racionalidad comunicativa, sino como la cohabitación de sistemas incompatibles a través de los cuales las fuerzas del rechazo recíproco sirven para integrar las unidades aparentemente autónomas en un metacampo que es invisible para ellas pero que está constituido por sus energías reactivas. (208-209)

Del paso de una política de poderes centralizados basada en el dominio social de las mayorías (siglos XVIII y XIX), se pasa a una con poder descentralizado, donde la cooperación social es clave en la medida que la comunicación propone las bases para un entendimiento que no es acuerdo racional directo y homogéneo sino fuente de diversidades y conflictos sujetos a negociación.

## **1. La democracia del siglo XXI**

El número de países que a finales del siglo XX y principios del presente, buscan orientarse hacia regímenes democráticos es una prueba fehaciente del entredicho en que se encuentra la interpretación racionalista de la modernidad liberal. En algún momento, se esperaba encontrar en la utopía emancipatoria de la izquierda comunista, la salida a una lógica de medios y control direccional. Dicha salida era reconocible en Occidente, mientras esta idea de la jerarquización direccional era atribuida a las instituciones políticas liberales, pero la caída de los regímenes

totalitarios del mundo soviético revelaron la aguda crisis de este proyecto, ya que escamoteaba la solución que se pensaba era la más sencilla: la inconformidad con el liberalismo burgués era atribuible a la economía capitalista como un estado de crisis permanente y su consiguiente deontología negativa de sobra conocida (explotación del hombre por el hombre, ley de la ganancia y la rentabilidad, dominio del dinero, fatalidad de la injusticia). (Revel)

Tras la fragmentación de las repúblicas socialistas soviéticas y la caída del muro de Berlín, se puede ver que la reproducción de la decadencia tan acusada como la caída inevitable del sistema democrático liberal y su sistema económico, el capitalismo, tenían su amplio historial negativo en el mundo del socialismo real: producción en masa, explotación inhumana, injusticia e inmensas redes burocráticas. De manera que el problema exige una revisión del concepto de crisis del liberalismo, pero ya no en el sentido de la demanda totalitaria.

En 1873, la crisis financiera del Mercado de Valores de Viena marcó la caída del *laissez faire* como política dominante. El progreso ilustrado y lineal basado en el mercado libre y la democracia burguesa serían atacados por dos grupos políticos e ideológicos a partir de ahí: el marxismo y el socialismo antisemita. En ambos casos se abogaba como causales del progreso al control de la economía por el gobierno y la dirección de la sociedad por el Estado, en su variante totalitarista o nacionalista.

La democracia estaría sujeta entonces a una compleja red crítica que tomaba a la economía y a la sociedad bajo paradigmas de costumbres rígidas, de lazos contractuales con objetivos parciales dirigidos a la acumulación de valores materiales. La estructura política naciente de la caída de la primera democracia liberal, sería un sistema de participación institucional en forma de partidos políticos regidos por una dinámica de revolución social en torno al estado o la nación. Quedando caracterizada esta sociedad emergente de la primera industrialización como una sociedad de masas.<sup>1</sup> Mientras que en la primera modernidad se establecían

---

<sup>1</sup> Alan Singewood detalla esta observación en función del análisis de la Teoría Crítica de Frankfurt: “La sociedad de masas se caracteriza así como una sociedad relativamente confortable, en parte benéfica y guarnecedora, en la que la población crece pasiva, indiferente y atomizada; en la que las lealtades tradicionales, los vínculos y las asociaciones se tornan laxas o se disuelven totalmente; en la que los públicos coherentes, de opiniones e intereses definidos, gradualmente se resquebrajan y en la que el hombre se convierte en un consumidor producido en masa como los productos, las diversiones y los valores que absorbe”. En *El mito de la cultura de masas*. México: Premiá editores, 1979. p.23

premisas para una sociedad basada en la razón y el entendimiento desde la participación cívica, en la segunda se propusieron a estas premisas como valores de la “creación planificada y racional de una obra como un edificio o una máquina”. (18)

Esta estructura sociopolítica, ha sido descrita por el analista Alvin Toffler como propia de una civilización de segunda ola. En ella, la política sólo tiene respuesta en la medida en que adapte su estructura a los objetivos primordiales de los estados-nación, bajo la tendencia a creer que en la sociedad hay una totalidad de individuos orientados por una dinámica de progreso inexorable y ascendente hasta llegar a un estado de seguridad y beneficio. Tal existencia del Estado y sus valores a persistir en su forma totalitaria o nacionalista, ha sido posible porque los teóricos políticos occidentales han desarrollado un modelo ideal de la *polis* en el cual todos los ciudadanos tienen ancestros comunes y comparten la misma lengua, tradiciones y cultura.

De manera un tanto anacrónica, han escrito como si las ciudades-estado de la antigua Grecia, culturalmente homogéneas, proporcionaran el modelo esencial para toda comunidad política. (Kymlicka) En ese sentido las teorías política y social conservan un remanente del concepto de individuo que no se observa en función de esclarecer el significado de términos como civilización, desarrollo o comunidad, sino a partir de la opción de explicar la comunidad política como un modelo de fuerzas mecánicas y anónimas (masas como categoría de la ciencia natural) o bien por medio de fuerzas espirituales supranacionales (categoría de las ciencias del espíritu).

Esta civilización de segunda ola forma imágenes conocidas acerca de lo que se legitima como sociedad a partir del triunfo de una mayoría, la unificación individual desde la asimilación a un proyecto de estado-nación, rememorando la antigua lucha griega por diferenciarse de los llamados *xenos* a partir de la constitución del lugar político, entendido como civilización, aún a costa del control y la sujeción. Como señala Perceval, una democracia concebida en el plano práctico, no puramente abstracto, lleva por cuenta la distinción de operar con diversidades que escapan del control a la idealidad:

La democracia, sin embargo, se diferencia de sus enemigos falsamente universalistas (los totalitarios) y antiuniversalistas (los nacionalistas) en su concepción de esta frontera con lo

animal. Precisamente el castigo escolar, la falta de respeto a los demás, la imposición de doctrinas y no del aprendizaje crítico, son elementos de dogma y no de construcción de un hombre libre. La democracia, desde la noción de tolerancia perfectamente definida por Condorcet, pretende la felicidad de seres fraternos pero diferentes, no el asentimiento entusiasta de los iguales por decreto. (91)

La mayoría de los países del mundo son lugares de diversidad, no de homogeneización. En los casi 190 estados existentes se encuentran poco más de 600 lenguas vivas y más de 5 mil grupos étnicos. De ahí estriba la dificultad, de que el modelo moderno de una democracia establezca como prioritaria a una filosofía política de la democracia, antes de la observación a los conjuntos de necesidades, alianzas, estrategias y relaciones de los elementos de una cultura. En este sentido, la lectura de la posmodernidad tiene un alcance insólito como en el argumento que presenta Richard Rorty, al declarar la posibilidad de priorizar la democracia sobre la filosofía a partir de “que las instituciones sociales puedan ser vistas como experimentos de cooperación antes que como intentos de concretar un orden universal e histórico”. (53)

El modelo democrático de la modernidad propone a la democracia como una obligación social más que una necesidad de expresión social de una diversidad de etnias, culturas, grupos e individuos. Una democracia práctica, sin embargo, representa en la actualidad una política de vida para un sujeto inmerso en un orden ecológico, es decir, un pensamiento global para una acción local, no la estrechez de una regla activada por un pensamiento local para una acción local. Por ejemplo, la contaminación ambiental ¿es un problema global o un problema nacional? Es más que evidente que los individuos de un país que no se preocupan por establecer una política ambiental trazada desde la diversidad, no tienen una conciencia ecológica del daño producido, a largo plazo, al conjunto global propiciado por su acción local.

La necesidad de reformar esta óptica estrecha abastece de un necesario marco de discusión para todos los ámbitos productivos de una sociedad. Pues la oscuridad imperante entre los modelos y las personas singulares, objetivos y acciones individuales, puede ser en gran escala un contribuyente peligroso para las condiciones de vida del planeta en términos biológicos,

por lo que hasta aquí se ha abogado por una perspectiva ecológica de la política, tanto en lo social como en lo mental. Por ello, el gran fundamento de la democracia de la modernidad se escabulle en manos de la evidencia y la observación, porque las soluciones preestablecidas, no dan cuenta de un entorno interactivo sino de modelos de separación poco adecuados para responder a un entorno con mayor concentración de complejidad.

Las críticas a esta modernidad política son materia de discusión desde los análisis ya mencionados de Toffler hasta las teorías de gestión organizacional de Drucker, donde se destaca la necesidad de un modelo de tercera ola para las instituciones políticas del siglo XXI. Este modelo, según la propuesta de Toffler, debe partir de la necesidad de desechar la:

Aterradora, pero falsa, suposición de que un incremento de diversidad origina automáticamente un aumento de tensión y nuevos conflictos en la sociedad. De hecho, puede ocurrir exactamente lo contrario. El conflicto en la sociedad no sólo es necesario, sino también, dentro de ciertos límites, deseable. (406)

La aparición del conflicto, si bien destruye el unanimismo y la ilusión de un consenso normativo regulado bajo la idea de un estado-nación, también propicia una salida alternativa a través de redes de cooperación múltiple, gestión de acuerdos, tolerancia en relaciones de género, disolución de fronteras nacionales e integración del desarrollo científico y creativo con la finalidad de aprender a cambiar paradigmas de acuerdo a circunstancias y contextos.

La democracia del siglo XXI es una proyección política capaz de propiciar objetivos de largo alcance, necesarios para integrar tanto a mayorías como minorías en un programa mutuo de acuerdos provisionales. Estos acuerdos deberán responder al reto que supone la aparición de una sociedad pluralista (Drucker), en la cual además de la tradicional visión del Estado como un centro organizado de poder, también se tienen múltiples centros de poder alternativos orientados a la solución de diversas tareas sociales como la activación de la economía, la educación o la salud pública. Acuerdos provisionales en función de necesidades urgentes.

## 2. El rol de los medios de comunicación en una sociedad posmoderna

El nuevo espacio público se encuentra vinculado a una sociedad pluralista. En el momento en el cual la comunicación política deja de ser la expresión de una categoría social, un pueblo o como en la primera industrialización, las masas, toma relevancia la comunicación como establecimiento de las relaciones de los políticos con la opinión pública, fuera del tradicional esquema de representación en nombre de una idea de clase o nación. Las nuevas minorías son los constituyentes de una política carente de la homogenización que se define en función de las acciones estatales y representativas, es decir:

En lugar de una relación directa de representatividad entre demandas sociales y ofertas políticas, se asiste al desarrollo simultáneo e independiente de tres órdenes de realidad: demandas sociales, económicas y culturales cada vez más diversificadas; las exigencias y las obligaciones de un estado, definido sobre todo por su papel internacional: reglas institucionales en las que se basan las libertades públicas. (Touraine 50)

En esta perspectiva los medios de comunicación se ven en una creciente necesidad de reconocer su papel de mediadores, mientras los políticos adaptan esta circunstancia dominados por una agenda que les trasciende, obligándoles a la combinación en demandas contradictorias. En este sentido, se pasa a formar una estructura de mediación donde se debilita el lazo que une a la opinión pública con la gestión pública, consistente en afirmar la identidad de una democracia evolucionada a partir de la pérdida de centralidad de la clase política.<sup>2</sup>

Este rasgo de la comunicación política presentado desde los Estados Unidos a Japón, trastoca los cimientos de la tradicional interpretación del quehacer de los medios como simples informadores, como sucedía con el *penny press* y las políticas

---

<sup>2</sup> Bien señala Touraine: "El Estado se separa del sistema político, si entendemos por él al conjunto de las instituciones representativas. En todos los países, el jefe de Estado es más el que defiende a su país en el ámbito internacional que el que asegura la unidad interna del país o emite laudos entre las demandas de los grupos sociales, p. 49"



jacksonianas de una sociedad de masas, por el de mediadores autoconscientes de una realidad construida. En la historia misma de los medios es posible identificar el cambio generado ante las transformaciones políticas, pues cuando la prensa constituía el medio de comunicación masivo por excelencia, su interpretación descansaba en la forma de introducir o inocular contenidos a una población culturalmente indefensa en una sociedad industrializada basada en una economía de producción. La visión de la actividad mediática a comienzos del siglo XX se encontraba fuertemente asociada con la transmisión de ideas, donde la comunicación se desempeñaba como si fuera una aguja hipodérmica o una bala mágica disparada o inyectada a un receptor pasivo y sin capacidad de resistencia.<sup>3</sup>

Sería en el período de entreguerras del siglo XX, cuando el despliegue de los nuevos soportes tecnológicos propiciaría un cambio en las modalidades de la comunicación entre los individuos, pues siendo el periódico un sistema de opinión colectiva indirecta, cedería su lugar en la transmisión mayoritaria a los medios audiovisuales, consistentes en soportes tecnológicos que permiten una mayor capacidad de participación directa. En primera instancia, del estudio conjunto de la prensa con la radio y la televisión, surgirían los paradigmas de estudio acerca de los medios; consistentes en la observación de las formas de construcción de la realidad. El medio se observaba ya por analistas y estudiosos, como una estructura conceptualmente diferenciada entre información, acto de comunicación y entendimiento (Luhmann). Comenzaban a quedar lejanas las explicaciones factuales donde el rol de la comunicación se entendía como una transmisión simultánea entre comunicar y entender en un sujeto sin mediación. La formación de la comunicación lanzaba el reto de describir, por medio de las relaciones entre los polos de información, las inferencias significativas que daban lugar a la acción, la comprensión y el sentido.

El medio no era ya una estructura de apariencia neutral, pero transmisora de ideologías, sino un dispositivo de formación

---

<sup>3</sup> Al respecto se puede observar este tipo de hipótesis efectistas y anacrónicas todavía, en las respuestas institucionales del gobierno mexicano en áreas de educación o ciencia, que presentan niveles de baja calidad: escaso reconocimiento de la situación e incremento de los logros de las dependencias en publicidad.

de realidades a través de la opinión colectiva. Esas realidades construidas inductivamente eran entonces, el eje de estudio sobre la influencia de las políticas de comunicación, el rol del sujeto. Elihu Katz (*La investigación en la comunicación desde Lazarsfeld*), define este panorama de reconocimiento, bajo el desarrollo de tres paradigmas de investigación en torno al quehacer en los medios, al superar la simple postura de información o transmisión de un contenido a individuos masificados.

El primero de los paradigmas, denominado institucional, surgido de la sociología funcionalista representada por Paul Lazarsfeld y el *Bureau of Applied Social Research*, encontraba que los medios de comunicación indican al sujeto el tema a seguir, es decir, en qué hay que pensar, por ejemplo, dictando la agenda política en un país. En esta perspectiva, el medio funciona como una red de información y un generador de presión social (Luhmann 85). De manera que al descubrir la influencia, terminan por destinar el quehacer de los medios, o la observancia de éstos, sólo a la información.

La segunda perspectiva, denominada paradigma crítico, se focaliza en cambios a largo plazo donde el medio de comunicación tiene una función de poder en el sistema a partir de estabilizar el cambio por medio del *status quo*. Retomando aspectos de la Teoría Crítica, en este paradigma se enfatiza la función de los medios como productores de falsa conciencia; es decir, “producen la ilusión de una sociedad consensual y sin clases mientras distribuyen sus bendiciones o sus anatemas a ciertas posiciones o a ciertos estilos de vida”. (Katz 90) Como eje central de esta actividad el medio expresa al auditorio aquello que no hay que pensar, es decir, en función de una justificación de la ley y el orden, el medio de comunicación indica al sujeto lo que no debe pensar. En esta perspectiva el quehacer del medio se propone como una estructura de negación.

Como tercer paradigma, el denominado tecnológico, apuesta por un proceso de transferencia donde el medio es capaz de indicar la forma del mensaje en el sentido cognitivo, como apunta Marshall McLuhan, uno de sus principales representantes:

En una cultura como la nuestra, acostumbrada desde largo tiempo a escindir y dividir todas las cosas como un medio de

control, a veces nos choca el que se nos recuerde que, en los hechos operantes y prácticos, el medio es el mensaje. Esto quiere decir, simplemente, que las consecuencias personales y sociales de cualquier medio (es decir, de cualquier prolongación de nosotros mismos) resultan de la nueva escala que se introduce en nuestros asuntos, debido a cada prolongación de nuestro propio ser o debido a cada nueva técnica. (29)

Desde este paradigma, se propone un hecho elemental: el medio de comunicación en un rol dominante llega a afectar el orden social a través de indicar cómo pensar y organizar la información. Por ello, desde este paradigma se pone en evidencia el papel de la tecnología como promotor de dirigentes políticos y sus instituciones, así como las formas en que se explota y se define su utilidad.

Queda entonces, como síntesis del rol de los medios de comunicación en una sociedad democrática postindustrial, el importante papel que toma la consideración de las resistencias del sujeto, no desde la simple información individualizada sino desde el proceso de influencia en torno a la organización social y el constante cambio mental y perceptivo orientado por la incorporación de nuevas tecnologías. En consecuencia, la programación emergente, sea cual sea el escenario paradigmático, distingue un campo cultural donde los nuevos pluralismos obligan a orientarse a la función y la eficacia. Por tanto, en esta estructura, ya prefigurada, el rol de las comunicaciones se establece en sectores comerciales y subsidiados con sus respectivas delimitaciones y funciones.

Pero a partir de los años ochenta del siglo XX, esta estructura sectorial de comercio y subsidio, recibió un cambio sustancial debido al impacto de las telecomunicaciones a través de la aparición de nuevas computadoras personalizadas, transmisión satelital y tecnología de redes, que, en conjunto, eclipsaron el papel de administrador que el Estado había desempeñado hasta entonces en estas áreas por sus elevados costos de implantación y operación. Tanto el cambio tecnológico, como el crecimiento del sector de servicios y un esquema de políticas favorables a la competencia, permitieron la entrada de un modelo global en el área de telecomunicaciones, cuya principal característica ha sido un crecimiento frecuente durante más de dos décadas y un

continuo proceso de integración para la producción y el uso de la información, conocido como informática. Como señalan Sánchez Martínez y Hernández Mendoza:

Se está alcanzando una sinergia enorme al fusionar la capacidad de la cibernética con la televisión (aproximadamente 600 millones de televisores en el mundo), la radio (mil 500 millones de aparatos receptores), la telefonía móvil, la fibra óptica y otros adelantos tecnológicos, creando sistemas interactivos de imágenes, de audio y en consecuencia de información. (71)

La integración de diversos soportes comunicativos (televisión, radio, cine, satélites, prensa, banco de datos) forman ahora una creciente red de telesocialización, debido a que el tráfico internacional de telecomunicaciones, la transnacionalización de las industrias del sector y el incremento de alianzas estratégicas de las empresas telecomunicadoras, procuran un modelo favorable para la formación de economías de mercados y sociedades globales, donde si bien se resalta su alta capacidad para el intercambio comercial, el desarrollo social y económico, a partir de la adopción de nuevas tecnologías, también se encuentra el problema esencial del ritmo en el cambio estructural, ya que una de las principales dificultades para lograr un proyecto global a partir de la variable tecnológica, pasa por evidenciar la profunda fisura entre los países desarrollados y subdesarrollados, como por ejemplo en la disparidad en la distribución de los aparatos para efectuar las telecomunicaciones.

Hasta aquí queda declarado el problema del rol de los medios de comunicación en dos partes, una, como estrategia de acción comprensiva acerca de los intereses del medio en la formación del público y otra, como agente propulsor de las nuevas economías postindustriales. De esta crítica es evidente que el medio es el mensaje en el sentido de que mueve su programación en función de las expectativas de transformación económica introducidas por el impacto de las telecomunicaciones como formas esenciales de la economía global. El cambio mental empero, promueve a través de esta estructura de sinergia mediática, un panorama conveniente para el desarrollo de la red global: producción ligera, ínfimo número de niveles jerárquicos, grados elevados de flexibilidad y presencia de equipos de trabajo, que serán traducidos en el rol de

los medios de comunicación globalizados frente a una sociedad democrática, como elección del espectador sobre lo que quiere y no quiere ver, sobre su capacidad de elección en función de una cultura multivariable que traduce en función expresiva lo que en la modernidad industrial fuera intercambio y argumentación. Con esta dinámica temporal, se formula y modela una sociedad del riesgo a partir de la libertad. Luhmann señala:

De esta manera, en lugar de presuponer una estructura de valores que sirvieran para la regulación del orden social, es el factor de la estructura del tiempo el desencadenante del orden social. El orden social se lleva a cabo cuando alguien hace una propuesta o efectúa una acción que pone a los otros en una situación de reacción: aceptar o rechazar la propuesta. (329)

Esta traducción de la ligereza de la vida por sobre cualquier contenido profundo es siempre el arma de afirmación y negación del medio, donde si bien ya dejó de ser un reflejo antidemocrático como en la sociedad industrial, en la posmodernidad recorre el camino del riesgo, desafiando a la democracia en el dictado de la agenda política a partir de lo que es efectivo comercialmente hablando. Como opina Touraine, la vida pública invade por todas partes la acción política, y el medio de comunicación nunca es un agente neutro, pero en las democracias llamadas evolucionadas existe un sistema sectorial que por lo menos asegura en la posmodernidad que la supervivencia de aquello que puede subvertir su orden mantenga en el eje de discusión la resistencia a una unificación y exponga los efectos negativos de una globalización salvaje. En una democracia evolucionada el medio de comunicación es un agente de riesgo y un arma de doble filo, pero en la duplicidad evidente se encuentra la posibilidad de selección y por tanto, aquella esfera que se retrae en lo ecológico para pensar y reflexionar fuera de lo público y la exposición vigilante de una pantalla total.

### **3. El rol de los medios de comunicación en México**

La historia de los medios de comunicación en el México democrático es bastante reciente, si por sociedad democrática entendemos la alternancia en el poder. Si nuestra opción se orienta

a definir una sociedad democrática como una sociedad pluralista donde admitimos la existencia de diversos actores y elementos cuya existencia se reconoce en función de su responsabilidad social, comunitaria, política, individual y proyectiva, muy pronto tendremos la perspectiva de que la idea democrática repetida incesantemente en los medios, no es más que una falacia *ad baculum*. Y esta falacia apoya con estruendo, la idea de una política nacionalista y totalitaria que mantuvo secuestradas las urnas electorales durante setenta años. Durante este tiempo, el nacionalismo revolucionario había considerado la acción electoral como una pantalla necesaria en función de normalizar la vida pública del país. En mayor o menor grado la defensa de la estabilidad y el desarrollo del país han fungido históricamente como los argumentos de las élites gobernantes para el control y la dirección mediante los medios necesarios, sean estos políticos (elecciones bajo control), comunicativos (propaganda dirigida) e incluso militares (represiones a sindicatos, estudiantes, maestros, etc.).

De acuerdo con el modelo económico de sustitución de importaciones impuesto desde 1930, las élites revolucionarias recurrieron a la transformación de la estructura cultural de la sociedad mexicana, mediante el uso no planificado de los medios electrónicos de comunicación. En Latinoamérica (*Medios de comunicación y política en América Latina*), se establece la estructura comercial de los medios en un período que va de 1930 a 1960, etapa turbulenta donde la radio era el medio masivo, y con la llegada de la televisión en los años cincuenta, se formaría un adyuvante indispensable para los gobiernos que luchaban por controlar las crecientes exigencias populares e instrumentar el mecanismo necesario para mantener el poder. En este sentido resulta obvia la escasa apertura brindada a la planeación del modelo mediático, limitándose únicamente el presidente Miguel Alemán Valdés en 1947 a encomendar una investigación sobre la estructura de los sistemas comerciales y subsidiados en los medios audiovisuales en Estados Unidos e Inglaterra, al intelectual Salvador Novo y al ingeniero Guillermo González Camarena por medio del INBA.

Las preferencias del nacionalismo revolucionario por el sistema comercial norteamericano fueron evidentes ante el vínculo tecnológico y de capital, estrechado a través del apoyo del gobierno

mexicano en la II Guerra Mundial y lo que sería la Guerra Fría. Telesistema Mexicano (1955)<sup>4</sup> convertido en Televisa en 1973, desarrollaría hasta 1993, el instrumento indispensable para la postura de autoconservación del gobierno mexicano, y el intento final de fusionar los distintos avances de los soportes tecnológicos (auditivos, visuales y satelitales) en un consorcio. En dicho marco, la postura frente a la sociedad civil de parte de las políticas comerciales del consorcio y bajo la protección del Estado, serían simplemente de manipulación y control de la opinión pública y la sociedad civil como lo habían sido desde la implementación de su estructura comercial.

Hasta el sexenio de Luis Echeverría (1970–1976) el debate sobre los medios de comunicación en México era prácticamente inexistente y éste se orientaría en función del fortalecimiento del sector subsidiado y la lucha por delimitar los contenidos de los medios privados, como ejemplificaba la compra del canal 13 por parte del Estado y el surgimiento de la iniciativa que culminaría con la creación de la Dirección General de Radio, Televisión y Cinematografía ( RTC ) encargada de la vigilancia y normatividad de los medios en 1977.

Este breve período de escaramuzas entre el sector privado y el Estado, se prolongaría al menos hasta una parte del sexenio de José López Portillo (1976–1982) con el debate sobre el derecho a la información que sintetiza Rubén Sergio Caletti:

El derecho a la información, así como las reformas políticas generales, formaba parte de la plataforma política del partido gobernante, el PRI, para el periodo 1976-1982. La plataforma exponía que el derecho a la información era una nueva dimensión de la democracia y un modo eficaz de respetar el pluralismo ideológico y la rica diversidad de ideas, opiniones y creencias en la sociedad. El nuevo derecho permitiría que México desbordase los *mass media* exclusivamente comerciales e incluyese a los receptores de la información en la tradicional libertad de

---

<sup>4</sup> Telesistema Mexicano fue el primer intento de fusionar distintas empresas de la comunicación en una estructura de consorcio, se integraba por tres grupos económicos y culturales que eran la familia O'Farril dueña del grupo periodístico Novedades, quienes tenían el canal 4, la familia Azcárraga fundadora del canal 2 en 1952, quienes tenían sus antecedentes en la radio y el cine y la familia Alemán que fundó en 1952 el canal 5.

expresión. De aquel modo se permitía al país continuar en la senda de la Revolución Mexicana. (100)

Es durante este sexenio que se popularizaría la imagen presidencial revolucionaria como una paradoja de palabras y actos, prometiendo las reformas constitucionales necesarias y una riqueza económica basada en un modelo imposible; así terminaría el breve período de escaramuzas e intentos sucesivos de reconciliación nacional tras el convulso maltrato a las libertades cívicas y expresivas de finales de los sesenta y principios de los setenta, con dos gobiernos de plataformas populistas que en la práctica, en el tema del rol de los medios de comunicación, convirtieron sus iniciativas en una estructura de inoperancia, burocratismo e ineficiencia. Todos los intentos de reforma planteados hasta ahí, si bien en el plano textual contenían ideas con un sentido de cambio y proyección, también reflejaban la estructura direccional del poder: propuestas desde las élites, nunca desde la sociedad civil y mucho menos desde otros actores y elementos que no fueran los grupos normalizados e incorporados por el nacionalismo revolucionario a las instituciones públicas.

Al entrar al sexenio de Miguel de la Madrid (1982–1988), preocupadas las administraciones por ordenar y modernizar la estructura estatal ante una inminente crisis política derivada de la crisis económica, la preocupación por las políticas de los medios en el sector comercial, pasan a ser entendidas como obstáculos para el desarrollo, con lo cual se abandona cualquier intento de planificación y regulación de parte del Estado, quedando la estructura comercial abierta a un radical mecanismo de *laissez faire*, donde dejaban de tener importancia los contenidos, para asumir una política proteccionista del Estado a los medios, como garantía de la libertad de expresión. La comunicación del Estado a los medios se deja de lado, en aras de un mayor incremento de operatividad.

El proceso de transformación estatal iniciado con De la Madrid, adquiere así, su máxima expresión durante el gobierno de Carlos Salinas y a partir de la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC). Una manera de entrar en el terreno de las desregulaciones estatales para la entrada del neoliberalismo económico, inicia con la venta de la red nacional 13 que a pasa a ser Televisión Azteca, al sector privado. A partir de ese momento, toda la red de medios



de comunicación de servicio público, quedó en una especie de muerte cerebral, dejando restringido el aprovechamiento de dicha estructura en el sector subsidiado en pequeños canales locales. El Estado pasa sólo a garantizar los usos culturales del canal 22 y de algunos espacios como el Instituto Politécnico Nacional y delega los esfuerzos de producción a TV-UNAM o canales regionales que poco pueden hacer frente a los enormes consorcios nacionales e internacionales de la comunicación. (Casas Pérez)

Así, mientras la iniciativa privada tiene el privilegio de transmisión a través del sistema comercial, el estado garantiza el mantenimiento de dicha estructura con la formación de la Red Nacional de Radio monitoreo (RNR)<sup>5</sup> especializada en la detección de emisiones con usos no autorizados para los medios. Es de sobra decir que la autorización se refiere a los términos legales para la explotación de las señales. En general, a partir de la incorporación del país al modelo económico del TLC, en los medios de comunicación en México, se establece un diseño de la política de comunicación social como una forma de dinámica reproductiva del capital industrial dominante, consistente en detectar grupos emergentes o culturas alternativas desde la categoría de “noticia” por parte del medio, es decir, desde el encuadre del negocio y no del valor cultural. Como en los eventos y galas de caridad, donde impecables y bellas damas de prosapia y alcurnia deciden aparecer en las páginas centrales del diario o la nota de espectáculos, llevando ayuda u organizando eventos de solidaridad con los pobres y marginados, los medios, en su mayoría audiovisuales, presentan su evidencia de la marginalidad bajo el sello del espectáculo determinado por el sentimentalismo y la cursilería y en detrimento de la capacidad de acción racional.

Sin embargo, con estas dinámicas operativas, el medio se presenta a sí mismo como garantía de la libertad expresiva, (por la simple presentación del problema)<sup>6</sup> una libertad expresiva que permanece en función de un modelo de comunicación-mercado, sin ningún riesgo posible ni contrapeso, funcionando como una estructura hegemónica del poder. Esta estructura garantiza que la

---

<sup>5</sup> Ver *La Jornada*, 29 de abril de 1994.

<sup>6</sup> Esto equivaldría entonces a decir que una investigación está bien realizada sólo con declarar el problema, cuando es evidente que eso es sólo una pequeña parte de un proceso metodológico.

expresión pública y su libertad se determinan en el mayoriteo tanto de masas, como de votos y *ratings*, dando pie a un anarquismo cultural indiscriminado, donde la nota secundaria pasa a ser más relevante que las notas que se refieren a las estrategias de desarrollo del país, porque la reducción de complejidad expresada en la irrelevancia es más exitosa en términos de cuantificación. Es decir, si la mala política vende, si el *reality show* vende, si la mentira anacrónica y el unanimismo venden, entonces la tarea de los medios está garantizada y a partir de ahí sólo concede espacios de acuerdo a su paternal disposición, que se vuelve tan poderosa que es capaz de normar e imponer la agenda política, sin ningún riesgo ni antagonismo más que una cultura de la lectura restringida a los diarios y caracterizada por las angustiantes estadísticas de la lectura en México.

Los medios de comunicación en México son una estructura absoluta y paradisíaca de un *laissez faire* que ni siquiera los países desarrollados promotores del liberalismo practican:

Los regímenes autoritarios dieron paso a modelos de modernización ad hoc, poco sistemáticos, en los que ciertas instituciones (sobre todo las empresas estatales) podían ser manejadas desde la lógica redistributiva del <patrimonio nacional>, en tanto que otras se dejaban al <libre juego> de las fuerzas del mercado. (Lomnitz 70)

En tiempos donde lo público se apodera de todo y lo privado se retrae, el debate, forma expresiva pública en el tema de los medios de comunicación en México, se silencia y retrae sin encontrar el espacio posible; lentamente se muere de inanición y no porque carezca de ideas, sino porque no hay forma alguna de introducir la ingesta, no existe el espacio, no existe la boca fuera del mercantilismo banal y parasitario del sector comercial. La batalla por la funcionalización de la democracia mexicana en los medios se concentra siguiendo la dinámica propia de las telecomunicaciones internacionales, la cual transcurre en el país, sin ningún interés de reconducción en su lógica por parte de un Estado que piensa que la declinación del control direccional significa ausencia. Se abandona la mente del cuerpo social, resignándose al corazón y las vísceras, mientras los resultados de este esquema permanecen invisibles.

## Conclusiones

Las democracias de los países desarrollados poseen mecanismos de protección a la participación política con la finalidad de garantizar un equilibrio competitivo que impulse una relación dinámica en el proceso. Se protege la libertad cívica como un derecho y se aboga por la responsabilidad del sujeto con su entorno. No resulta extraño entonces que mientras se enfatiza la libertad comercial en estos países, también se oblige a sus empresarios de acuerdo con su *status*, a devolver a la población proyectos de desarrollo desde la educación o la ciencia. Esta situación es inexistente en América Latina.

En todo el mundo el problema de la globalización económica produce movimientos estratégicos en la adopción de políticas de desarrollo, quedando éstos a consideración de los Estados en función de sus roles históricos, culturales, tecnológicos y sociales. El mapa no es el territorio.

La posmodernidad significa sólo el concepto indicador de cambio en la estructura socioeconómica, dejando en evidencia la correlación existente entre los niveles de desarrollo económico con la evolución de la comunicación, como muestra la dependencia informática. Tanto las operaciones bursátiles como las estrategias estatales o comerciales dependen cada vez más de las telecomunicaciones. La comunicación actual es la evidencia de la posmodernidad.

Los medios de comunicación en México son el producto de un desarrollo no planificado cuyo uso se ha encontrado históricamente ligado al poder y los intereses de los grupos políticos gobernantes.

La modernización en los medios de comunicación en México sólo contempla como elementos centrales de su estrategia de desarrollo aquellos elementos integrales del modelo mecánico del liberalismo económico, centrándose en la estructura tecnológica, mientras que la parte social ha quedado desvinculada del Estado.

Como resultado de la modernización deficiente del sector, el rol de los medios de comunicación en la parte social se encuentra accesible a un desarrollo sustentable o ecológico de la política sólo a través de las telecomunicaciones privadas controladas por un sistema de pago, como los sistemas de transmisión satelital o cable,

mientras que la televisión abierta presenta un dramático desajuste con contenidos educativos y formas complejas de la cultura. La única excepción en este rubro es el periódico, cuya distribución limitada le permite una mayor oferta cultural. La industria cultural refleja en su distribución de las telecomunicaciones el mismo esquema de distribución económica de la riqueza en el país, concentración atomizada, es decir, en pocas manos.

Mientras que en una sociedad postindustrial el desarrollo de las comunicaciones es un indicador de la evolución social, en México la multiculturalidad, un concepto central en el desarrollo de esta idea, es un concepto publicitario pero no efectivo ya que la tarea de educar, observar e identificar una sociedad desde la reflexión y la participación se restringe sólo a las universidades y centros de enseñanza, mientras el tiempo de programación en los medios es invertido abrumadoramente en la charla superficial, el absurdo y el chacoteo, sin un objetivo definido. La programación definida (telenovelas, publicidad, entrevistas, etc.) por otra parte, es un sistema de refuerzos y gratificaciones sociales, basado en modelos de influencia desfasados por completo de investigaciones actuales en el tema.

El rol de los medios de comunicación en México, consiste en mantener la primacía de la estructura comercial sin ninguna regulación de ningún tipo en la operación comercial, técnica y de contenidos. Cualquier insinuación en otro sentido es tomada como ataque a la libertad expresiva, de ahí que los excesos de los medios no sean sujetos de sanción como en el caso del asesinato del conductor Paco Stanley y la difusión de la noticia por parte de Televisión Azteca, mientras que en lo económico, se intenta a toda costa evitar la posible incorporación de un tercer consorcio televisivo, demandando de parte de los medios al Estado, políticas de protección que contrastan con la estructura comercial en la cual operan.

El lenguaje televisivo y radial en la cultura mexicana tiene una función normalizadora, porque aunque hay múltiples conductas de resistencia que apuntan a dar signos de una posmodernidad (como podría ser la situación que el antropólogo Roger Bartra denomina "dismothernism"), lo que predomina es la ironía como una parodia acrítica, centrada en personalismos de escaso valor como forma crítica de la cultura. La cultura de resistencia se suprime en favor de la normatividad, si hay pasión en un espectáculo, el fútbol por ejemplo, las televisoras

intervienen activamente adueñándose de la práctica, es decir, transmisión, partidos y hasta arbitraje. Con ello, los consorcios televisivos extienden sus ámbitos de influencia hasta fenómenos deportivos, económicos (creación de bancos y cambio de divisas), casas de apuestas e incluso comerciando (vendiendo) los soportes tecnológicos.

En tanto el Estado mexicano no implemente ajustes en la industria cultural, la evolución social correlativa a la evolución de las comunicaciones, no será un modelo efectivo para solventar las crisis del nacionalismo; mientras, los medios de comunicación tenderán a un mayor control de la opinión, debido a su carácter comercial y representativo de los intereses de grupos industriales, como ha ilustrado el caso FOBAPROA, sólo difundido en medios según los intereses del empresariado en tiempo y lugar. Siendo por ahora el rol de los medios de comunicación en México, en la prensa, plural, en la televisión muy cuestionable y en las telecomunicaciones en general, incierto.

### **Anexo a un mes después: Quinto informe, banalidad y descaro**

Justo cuando pensábamos que no podía haber un fracaso peor que el de la política mediática sostenida desde el sexenio de Carlos Salinas hasta el actual, surge como un viento fétido y hediondo, el recuerdo de la bella época del nacionalismo revolucionario. La campaña de autopropaganda del gobierno foxista, coloca la cereza en el pastel a un batido horneado durante años entre la élite política conservadora, los empresarios (dueños del capital cultural), los grupos económicos industriales y hasta la jerarquía católica.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Por ello, no es de extrañarse toda la inmensa red de relaciones estratégicas en el poder, que surgen cuando se sujeta a la observación mediática la acción de personajes definidos en estos grupos como líderes espirituales, tal y como ha sido el caso de Marcial Maciel, o la decisión de transmitir una versión *light* del Big Brother de la empresa holandesa Endemol. En este último caso fue evidente por ejemplo, el jaloneo existente entre el socio mayoritario de Televisa, Emilio Azcárraga Jean y el sector de banqueros, empresarios y anunciantes conservadores que defendían las posiciones del Arzobispado de México: Bimbo, Banamex, Pepsi, Colgate, Kimberly Clark, Bancomer, Café Mexicano, Domecq, Hasbro, Alpura, Colgate, Devlyn, Fuji Film, Sabritas, Quaker State, todos firmantes de la llamada Asociación a Favor de lo Mejor. Ver Fazio, Carlos *En el Nombre del Padre. Depredadores sexuales en la Iglesia*. México: Océano, 2004.

Mientras el país se sumerge en una grave crisis social marcada por un desempleo creciente, matizado a través de ineficientes políticas fiscales que maquillan esta faceta como subempleo, el país vive a diario una innegable racha de violencia generada en el narcopoder, vinculado también a los aparatos de Estado. El titular del Ejecutivo repite minuto tras minuto en cada intercorre radiofónico y televisivo, su compromiso con la democracia, su fastuoso plan de vivienda y su papel activo en el impedimento de una crisis financiera y económica, más en un sentido mítico que real.

Al tiempo que los precandidatos del PAN a la Presidencia son favorecidos por tarifas de descuento en la emisión de su publicidad, la empresa Televisa canjea sus favores como en el viejo programa de Chabelo y su *catafixia*, a cambio de la apertura de sus casinos. No conforme con ello, reactiva su viejo programa de influencias para ponerse al día con su competencia mediática, tan bien especializada en la aplicación de la crítica discrecional.

Si pensábamos que el tiempo aquel donde la política de comunicación direccional del gobierno utilizaba las balas y las agujas del monopolio televisivo a su conveniencia habían terminado, nos equivocamos. Vive más que nunca en las redes de control económico. Como en la posesión del capital económico, hay jerarquías, lo mismo que en la ilustración de la gente existe la capacidad de poseer las tecnologías educativas según se tenga el dinero; en la legitimación de los hechos que se convierten en noticia, los grupos favorecidos por el reparto inequitativo y abismal de la riqueza del país, reivindican también su derecho a que sus problemas sean materia de reflexión y disertación pública. De manera que si alguna persona del barrio pobre es secuestrado, no es noticia, mientras que si un conductor, un futbolista, un empresario o un artista, son objeto de este delito, el asunto se convierte en prioridad noticiosa. Por ello, se puede montar una gran campaña en favor de la seguridad en México, tratando de aglutinar organismos conservadores que maten la crítica a instituciones gobernadas por partidos alternos, fabricar descaradamente noticias o exigir resultados sólo a una parte de los involucrados en la cuestión de la seguridad, según sean los intereses económicos auspiciados por los industriales, banqueros y jefes religiosos. Fuera del interés de pertenencia económica y social nada existe. Nuestros medios de comunicación se jactan de

ese poder, montan campañas dirigidas sobre personas o políticos que promueven un peligro sobre su existencia y poder, y protegen a otros previamente declarados como amigos del sistema. De otra forma, ¿Por qué en los medios que con tanta rabia hablan de la inseguridad del Distrito Federal con una imagen del ex regente López Obrador de fondo, no tienen la misma ampulosidad en la presentación de los ilícitos de la familia de la primera dama Martha Sahagún? ¿Por qué no hay una presentación rabiosa de parte del medio sobre el atentado que representa a la libertad de expresión la ridícula demanda de Martha Sahagún a *Proceso*? Respuestas sencillas que no deberían ser así pero en el sistema actual sólo los amigos cuentan, y los medios como extensión de dicho sistema comparten la expectativa. Los amigos en los medios son como los comerciales: mayor tiempo, mayor dinero, y don dinero es un poderoso caballero. La lógica de los medios de comunicación en México es simple, terriblemente simple. Y en una sociedad del riesgo, la simpleza es un factor cognitivo, un agente riesgoso pues una gran simpleza puede ser el resultado de una gran capacidad de síntesis es decir, inteligencia, pero el otro factor de riesgo en lo simple es la estupidez, y cuando el primer mandatario afirma vivir muy feliz alejado de la lectura, una sospecha recorre estos textos.

---

## Obra consultada

- Calletti Kaplan, Rubén Sergio. “Las políticas de comunicación en México: una paradoja histórica en palabras y actos”. *Medios de comunicación y política en América Latina*. Ed. Elizabeth Fox. Barcelona: Gustavo Gili, 1989.
- Casas Pérez, María de la Luz. “Los otros actores de la TV. Otra forma de pensar la televisión desde la política”. *La metamorfosis de la TV. Cuadernos de comunicación y prácticas sociales*. Coord. Carmen Gómez Mont. México: UIA, 1995.
- Drucker, Peter. *Las nuevas realidades*. México: Hermes, 1990.
- Elías, Norbert. *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península., 2000.
- Katz, Elihu. “La investigación en la comunicación desde Lazarsfeld”. *El nuevo espacio público*, Jean-Marc Ferry y otros. Barcelona: Gedisa, 1992.
- Kymlicka, Will. *Multicultural Citizenship*. Oxford: University Press, 1995.
- Lomnitz, Claudio. *Modernidad indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*. México: Planeta, 1999.
- Luhmann, Niklas. *Introducción a la teoría de sistemas*. México: UIA/ITESO, 2002.
- Lyotard, Jean François. *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra, 1987.
- Lyotard, Jean Francois. “Notas sobre sistema y ecología”. *La secularización de la filosofía. Hermenéutica y posmodernidad*. Comp. Gianni Vattimo. Barcelona: Gedisa, 1992.
- McLuhan, Marshall. *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*. México: Diana, 1969.
- Perceval, José María. *Nacionalismos, xenofobia y racismo en la comunicación. Una perspectiva histórica*. Barcelona: Paidós, 1995.
- Revel, Jean-François. *La tentación totalitaria*. Buenos Aires: Emecé, 1976.
- Rorty, Richard. “La prioridad de la democracia sobre la filosofía”. *La secularización de la filosofía. Hermenéutica y posmodernidad*. Comp. Gianni Vattimo. Barcelona: Gedisa, 1992.
- Sánchez Martínez y Hernández Mendoza. *Horizontes complejos en la era de la información*. Eds. Isabel Font Playán y Arturo Sánchez Martínez. México: UAM-Azcapotzalco, 2000.



- Thompson, William Irwin. "Gaia y la política de la vida". *Implicaciones de la nueva biología*. Ed. W.I. Thompson. Barcelona: Cairós, 1995.
- Toffler, Alvin. *La tercera ola*. México: Edivisión, 1981.
- Touraine, Alan. "Comunicación política y crisis de la representatividad". *El nuevo espacio público*. Eds. Jean Marc Ferry, Dominique Walton y otros. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Villarreal Ríos, Luis Eduardo. "Tres tesis sobre los cambios religiosos en la posmodernidad". *Modernidad y posmodernidad*. Comp. Zidane Zeraoui. México: Noriega editores, 2000.